

De Rosa Alabaster, Enrique (abril 2005). Viñeta de la adolescencia en Buenos Aires 2004 : El lugar de los jóvenes. En: Encrucijadas, no. 31. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubasibbi.uba.ar>>

Viñeta de la adolescencia en Buenos Aires 2004

El lugar de los jóvenes

Las noticias que presentan a los adolescentes como protagonistas de hechos delictivos o luctuosos van ganando espacio en los medios, en ámbitos nacionales e internacionales, en estratos altos, medios o marginales. Problemas de conducta, de alimentación, drogas, alcohol, asesinatos, suicidios entre los jóvenes generan incertidumbre e interrogantes entre los mayores: ¿Problema estructural o coyuntural? ¿Falta de contención o sobreprotección? ¿Mayor conciencia social?.

Enrique De Rosa Alabaster

Médico Especialista en Psiquiatría, Neurología y Sexólogo Clínico.

Docente de Psiquiatría UBA (JTP). Especialista en Trastornos de Ansiedad, Univ. de Oxford.

Ex Jefe de Clínica del Htal. Sainte Anne, París. Director del Centro de Estudios y Terapias Cognitivas, y del portal www.ConsultaPsi.com

El tema de la adolescencia ha despertado en los últimos tiempos un interés renaciente. Los adolescentes han pasado a ocupar plenamente un espacio mediático en el que anteriormente figuraban, pero no de la misma manera.

Las noticias sobre diferentes eventos nos hacen recordar información conocida pero de alguna manera olvidada. Algo ha cambiado, ellos, nosotros, la sociedad, para bien o para mal, pero el cambio existe. Por otro lado, los detractores de lo mediático dicen que esto pasaba siempre, que la historia es siempre la misma: ¿la historia es siempre la misma? Habíamos visto, sin darnos cuenta hasta que adquiriera su director [1] otra fama, Bowling for Columbine, en la cual a modo de documental se contaba la historia en un colegio de los Estados Unidos donde se produjo el asesinato de jóvenes a manos de otros jóvenes. De alguna manera, los comentarios en nuestro medio agradecían que, a pesar de nuestras penurias, no ocurriera eso aquí.

Nos aterrizaron las historias de consumo de alcohol y drogas en los “países desarrollados” por parte de los jóvenes, y aun sabiendo que ocurría en nuestra región, lo comprendíamos como un fenómeno lejano.

En los mismos países, la sociedad competitiva hacía que sus niñas, adolescentes o jóvenes, tuvieran dificultades con su peso y su alimentación. Eso no parecía existir o merecer atención en nuestro medio, a tal punto que una prestigiosa colega me comentaba allá por 1987 que era un fenómeno imposible en nuestro país por la cultura de la “buena” alimentación.

Conductas imitativas

La violencia juvenil planteaba idénticos interrogantes. Todos los fenómenos existían, pero no parecían requerir más que de la mirada técnica, o de la observación clínica, ya que

eran casos específicos, limitados y de alguna manera con causas que podían ser aceptadas. Eran –como se llama ahora– daños colaterales, aceptables, comprensibles e inevitables en una sociedad de masas; no un mal social.

Hasta que algo pasó y empezamos a ver que –para desesperación de sus madres– nuestras niñas insistían en no comer; los jóvenes consumían drogas, y ya no era el muchacho “raro” del barrio. La droga se encontraba en las discotecas, o inclusive en las escuelas. Más tarde salió a la luz el caso de unas adolescentes que asesinaron a su padre de manera ritual (casi como un film macabro), en Carmen de Patagones un adolescente dis paró y mató a algunos de sus compañeros y más recientemente un joven discapacitado fue asesinado en Chascomús por un grupo de amigos y conocidos. A partir de allí, no pasa un día sin que alguna noticia grave nos dé cuenta de esa “extraña” subpoblación. ¿Qué pasó, qué cambió? ¿Realidad o fenómeno mediático? ¿Simplemente nos estamos dando cuenta del mismo fenómeno, lo detectamos mejor, ocurre de otra manera, o todas ellas juntas?

Otro extraño silencio se guardó sobre un fenómeno casi endémico: el de las tentativas y los suicidios adolescentes, aquí también aprendimos la palabra “copycat”, el crimen por imitación, ya que sabíamos que pasaba, pero en Japón.

Interesantemente, sin embargo, una pregunta comenzó a circular insistentemente entre quienes buscaban respuestas, y era la posibilidad de un fenómeno imitativo, en la constitución específica de la identidad adolescente.

Los adolescentes, los niños, van construyendo sobre la base de diferentes señales del medio a su proceso de formación de aparato psíquico, pero asimismo a la continua interacción con el entorno, su concepción, sus ideas, sus esquemas respecto del mundo. Así, buscan comenzar a plantearse las preguntas que nos seguirán toda la vida: quiénes somos, a dónde vamos, por qué estamos, qué esperan los demás de nosotros, qué esperamos nosotros de los demás, etc., etc. En ese contexto de información caótica, a veces esta identidad y concepción existencial comienza a definirse.

Esto no ocurre sólo en los adolescentes sino en los adultos hacia ellos.

Ha sido tradicional en las sociedades no saber en qué lugar ubicar a esos seres aún niños, ya jóvenes, ya adultos. ¿Qué son? ¿Qué lugares se les deben dar, qué exigencias plantear, qué esperar de ellos, qué indicarles?, ¿hay que indicarles algo, o “ellos ya saben todo”, o “son mucho más sanos que nosotros”?

Así, ocuparse de esta etapa crucial, demarcatoria de la vida ha sido un problema, más en las sociedades que han ido perdiendo el valor del ritual iniciador, el pasaje de una generación a otra, de ese saber vivencial que permitía superar los temores, obligados en quien entra a un nuevo mundo.

En el mundo anterior las variables eran menos y más simples, más conocidas, en éste ya nada es tan claro. La generación encargada de allanar esos problemas a su vez tiene los suyos y quizás no puede aportar la guía, o no los ha resuelto ella misma. Así, se supone que el adolescente joven es un ser puro, que naturalmente trae el saber y la solución a sus dudas vitales.

Seres extraños

¿Culto a la edad o facilismo? Creemos que ambas cosas. Nuestra sociedad ha elaborado el culto de los cuerpos jóvenes, fragmentarios, en los cuales el objeto de deseo sexual no difiere de las redondeces sólo posibles en una niña, casi prepúber. Al mismo tiempo, una generación supuestamente abierta, que les permite expresar sus ideas y deseos, no parece a simple vista otra cosa que una evolución en lo social. ¿Quién podría no estar de acuerdo, frente al otro modelo de pensamiento único, que sugiere que la otra opción es imponerles las consignas de los adultos?

Asistimos así, mediáticamente y también en foros profesionales, a una especie de lucha entre los liberadores progresistas contra los castradores, opresores reaccionarios. Cualquier semejanza con el resto de nuestros planteos no es pura coincidencia. Los problemas que ocupan y atrapan nuestra atención, brevemente por cierto, son el consumo de alcohol, el de drogas, el de drogas más duras, o más “sucias”, la promiscuidad, la sexualidad, los viajes de egresados, las conductas autoagresivas, las conductas heteroagresivas, el suicidio, la violencia, el homicidio. Así, el dulce niño ha pasado, como decíamos antes, a ser no sólo endiosado sino temido. Hace muchos años una revista americana alertaba ya a los padres, con un título catástrofe, “Mi hijo, mi enemigo” [2], hoy diríamos que nuestros hijos, colectivamente hablando, como cuerpo social, se han vuelto seres extraños que pueden producir hechos frente a los cuales no tenemos respuesta, ni los padres, ni los educadores, ni las autoridades, todas estas instancias parecen superadas.

Atinamos a responder con formulismos que no nos convencen y menos aclaran dónde estamos. En el momento de la tragedia de Patagones, un funcionario, con voz firme, afirmaba: “Los gabinetes psicológicos están funcionando”, o “esto pasa en todas partes del mundo”. ¿Conformaban o daban alguna respuesta estas respuestas?

Motivo de consulta

Abordaremos esta temática en diversas formas, pero quizás un caso clínico ocurrido en mi consulta en el día de hoy pueda aportar alguna idea de lo que hablamos. Vamos a llamarlo Marcos, o Gonzalo, el nombre no altera el dolor, sólo lo protege, en su privacidad.

Recibo un llamado a las 3 de la mañana en el que padres desesperados me comentan una escena que en medio de mis sueños parece del orden de lo onírico... pero no lo es, es real, es dolorosa, y al mismo tiempo repite algo que vemos en la consulta cotidianamente.

El joven que durante el año se encontró en una escuela privada de buen nivel, pero en el anonimato de cursos de 50 alumnos, no encontró allí pertenencia alguna, o finalmente sí: el no ser del grupo, y/o ser el conflictivo, no entender, reprobar. En breve, el aprendizaje de la marginalización. Aprendió como modo defensivo a marginalizarse, y desde allí lograr pertenencia, por supuesto todo intento por indicarle la conveniencia de “ser bueno”, de “respetar las normas” implicaba dejar de tener identidad.

El año transcurre y nuestro personaje adquiere más fuerza desafiando a las autoridades que a su vez, superadas por la cantidad y las demandas de los adolescentes, no podían establecer otro control que el de la famosa fijación de límites, eventualmente imponiendo castigos. El resultado para nuestro personaje era el incremento del orgullo: “No soy como

me piden, soy yo, no soy como los demás”.

El final inevitablemente borgiano era llegar a fin de año frente al principio de realidad, y la repetición casi segura del año. Dada la trama, la sensación de persecución, de desamparo, persecución que lleva a nuestro personaje a una ruptura psicótica con fuga del hogar y ruptura con todo aquello que represente la realidad. Allí la intervención médica de urgencia viene en última instancia a proteger al individuo.

La identidad imitada de la exclusión, que había sido de alguna manera funcional, ya no lo era y había tenido su inevitable descarga final. La historia es una, sin embargo se repite en las tentativas suicidas, el consumo de alcohol, la búsqueda del corte en el nivel de conciencia químico [3] y los ingresos en las urgencias médicas... por cualquiera de estas causas.

Este caso real se repite de miles de maneras, con muchas temáticas diferentes todos los días, no implica (otra delicia del pensamiento todo o nada) que “todos” los adolescentes son así, pero sí que una gran parte de nuestros jóvenes sufren el no saber cuál es su lugar, destino, e inserción en el mundo. En esa falta de espacio en lo real, la búsqueda del otro espacio se hace inevitable, y así tenemos desde trastornos alimentarios, hasta conductas delictivas.

Quizás el análisis de las noticias fragmentarias deba ser integrado en una pregunta más amplia y es qué estamos haciendo con nuestros hijos, en definitiva, con quienes darán forma al mañana.

Notas

[1] Michel Moore, también director de Fahrenheit 911.

[2] Una vieja nota de Selecciones del Readers Digest.

[3] Una práctica habitual es celebrar algo (la finalización de fin de curso) con el ritual necesario de ingerir alcohol hasta desmayarse. Una variante más peligrosa es la participación en fiestas en la que la consigna es bailar bajo el uso de estimulantes: éxtasis –por ejemplo– al que se lo ingiere con alcohol. Los adolescentes interrogados admiten saber sobre el daño neuronal, pero esto no parece importarles, ya que “todos lo hacen”.